

REALISMO FUJIMORISTA: APATÍA Y SANDOMASOQUISMO EN EL PERÚ NEOLIBERAL

FUJIMORISTA REALISM: APATHY AND
SANDOMASOCHISM IN NEOLIBERAL PERÚ

Rubén Alfredo Jordán Bueno

<https://orcid.org/0009-0007-7499-9469>

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú

rjordanb@pucp.edu.pe

<https://doi.org/10.18800/elsolazul.2026.002>

RESUMEN

El presente artículo propone la noción de “realismo fujimorista”, entendida como la instancia peruana de lo que Mark Fisher llamó “realismo capitalista”, es decir, la incapacidad generalizada de imaginar alternativas al capitalismo neoliberal. A partir de la puesta en diálogo de Fisher con algunos conceptos del psicoanálisis de Winnicott, Fromm y Reich, defiende que el realismo fujimorista puede interpretarse como una consecuencia de la represión del deseo colectivo de libertad e igualdad a través del ejercicio sistemático de la violencia por parte de las élites peruanas durante los últimos treinta años. Identifico así dos versiones de realismo fujimorista: una apática, en la que la violencia fuerza a sublimar los deseos políticos como una resignación conformista a la racionalidad política neoliberal; y otra sadomasoquista, en la que la violencia convierte esos deseos, esta vez inconscientes, en odio por los débiles, amor por los poderosos y en una propensión furibunda a gozar con la destrucción que trae consigo el proyecto neoliberal.

Palabras clave: fujimorismo, neoliberalismo, violencia, sadomasoquismo, realismo capitalista

ABSTRACT

This article proposes the notion of “fujimorista realism”, understood as the peruvian instance of Mark Fisher’s “capitalist realism”, that is, the generalized inability to imagine alternatives to neoliberal capitalism. Drawing from a dialogue between Fisher’s suggestions and some concepts from Winnicott, Fromm and Reich’s psychoanalysis, I contend that fujimorista realism can be seen as a consequence of the repression of the collective desire for freedom and equality due to the systematic use of violence by the peruvian elites through the last thirty years. I, thus, identify two main kinds of fujimorista realism: one apathic, in which violence forces the sublimation of political desires as a conformist acquiescence to neoliberal political rationality, and other, sadomasochist, in which violence turns those desires, this time unconscious, into hate towards the weak, love for the powerful and a relentless propensity for the enjoyment of the destruction that neoliberalism brings about.

Keywords: fujimorismo, neoliberalism, violence, sadomasochism, capitalist realism

Caminar a día de hoy por las calles de casi cualquier ciudad del Perú suele producir la deprimente sensación de estar inmerso en una narcosis generalizada. Lo deprimente no es el aroma a hollín de los buses ni el hacinamiento de pancartas publicitarias que ofertan todo tipo de chatarra, ni siquiera la estridente banda sonora que intercala ruido de motor y bocinas con improperios aleatorios entre desconocidos. Lo realmente deprimente es el movimiento inercial, cadencioso y mecánico de las masas, que parecen haber asimilado la toxicidad de su entorno. Podría pensarse que tal marasmo refleja la internalización de la más reciente derrota de la población a manos de sus élites. Después de todo, hace apenas unos meses, las mismas fuerzas políticas y económicas que han creado esos paisajes decadentes emergieron victoriosas de un salvaje proceso de represión y supresión de protestas masivas. Aunque dicha impresión no es incorrecta, tampoco es completa, pues ignora que el desenlace de aquellas protestas fue apenas el epítome de una larga trayectoria de descomposición anímica de la sociedad: la trayectoria del neoliberalismo peruano, al cual algunos, sin saberlo, llaman también fujimorismo.

Esta resignación de la mayoría de la población peruana frente a su miseria neoliberal —en muchos casos metamorfoseada en un apoyo activo y entusiasta de la propia opresión— recuerda el diagnóstico de Mark Fisher acerca del ambiente espiritual de nuestros tiempos. Después de la caída de la Unión Soviética, escribía él, predomina en el mundo el “realismo capitalista”, entendido como “la idea muy difundida de que el capitalismo no solo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso *imaginarle* una alternativa” (Fisher 2018: 22). En el presente ensayo exploraré la especificidad de ese realismo capitalista en el Perú, al cual me permito llamar “realismo fujimorista”. Concretamente, defenderé la hipótesis según la cual la claudicación de la sociedad peruana ante el neoliberalismo puede interpretarse como una consecuencia del uso de la violencia por parte de las élites como cinzel de las conciencias de las mayorías. Para tal fin, recurriré a conceptos del psicoanálisis de Winnicott (1965, 2005), Fromm (1986) y Reich (1972), que me permiten caracterizar dos variantes del realismo fujimorista: una apática, particularmente extendida, que responde a la sublimación, en virtud de la violencia, de los deseos de emancipación social; y otra sadomasoquista, en la que la violencia transforma esos mismos deseos, en este caso inconscientes, en un goce del sufrimiento propio y ajeno que acompaña al proyecto neoliberal.¹

A decir de Fisher, el “acontecimiento fundador del realismo capitalista” (2021: 125) tuvo lugar el 11 de septiembre de 1973, en Chile, cuando tanques y fusiles fungieron de comadronas en el parto sangriento del primer Estado neoliberal de la historia. Ese día, un grupo de militares liderados por Augusto Pinochet y patrocinados por EEUU derrocó violentamente al gobierno del socialista Salvador Allende. Fisher sugiere que el motivo del golpe no fue un arrebato altruista de la CIA o de las bondadosas élites chilenas por salvar al pueblo del yugo marxista de su presidente democráticamente electo. Por el contrario, entiende que el motivo del golpe fue la necesidad capitalista de suprimir por la fuerza la capacidad misma de imaginar cualquier horizonte vital alternativo. Más que dirigirse al

1 Uso aquí el término “sublimación” en un sentido lato, como el redireccionamiento de la energía psíquica desatada hacia propósitos socialmente aceptados. Por ejemplo, una sublimación eficiente puede dirigir la energía psíquica al trabajo o a la creación artística.

palacio de La Moneda, las bombas que cayeron esa mañana en Santiago apuntaban a la conciencia de quienes osaron cuestionar el *statu quo* con su apoyo a un ensayo de socialismo democrático. Junto con las decenas de muertos de aquel día, los perpetradores del golpe buscaron la muerte de la esperanza de algún tipo de existencia fuera de los límites del capital y el allanamiento del terreno espiritual para restituir y reforzar la estructura jerárquica de la sociedad. Las miles de torturas, masacres y desapariciones que sucedieron al establecimiento de la dictadura neoliberal deben entenderse como la actualización perenne de ese aniquilamiento del deseo de libertad y como un medio de diseminación, en el inconsciente colectivo, del destino que correrían todos los que no disfrutaran de su recién inaugurado paraíso de privatizaciones, mercados desregulados e individualismo rampante.

Desde entonces, la receta neoliberal de recurrir a la violencia para conmocionar a la población e inhibir su resistencia a la implementación de políticas que van en contra de sus intereses —bautizada por Klein como “doctrina del shock” (2008: 31)— se ha patentado y replicado en innumerables regiones del mundo. El Perú no es la excepción. Casi veinte años después del golpe de Pinochet, Alberto Fujimori, un personaje trivial cuyo principal mérito para acceder a la presidencia fue oponerse al programa abiertamente neoliberal de su contrincante en las elecciones, recibió el encargo de las élites locales de instaurar una doctrina del shock peruana. La versión más sincera de esta doctrina está plasmada en el llamado Plan Verde, un plan ideado por militares y economistas antes de que Fujimori fuese siquiera conocido, pero que, en lo esencial, describe bien la “Democracia dirigida [i.e. dictadura] y Economía de mercado” (Oiga 1993a: 22) que se implementaría en su gobierno. Calificado como un “proyecto mesiánico, de orientación totalitaria” por la revista que lo hizo público (Oiga 1993b: 7), el Plan Verde expresa arquetípicamente el encomio y la instrumentalización de la violencia como medio de supresión de conciencias y condición de posibilidad para el afianzamiento del capital. Es aterrador, pero ilustrativo, apreciar cómo en este plan las diatribas contra la intervención estatal en la economía se intercalan con llamadas literales al genocidio o, en sus términos, a la “utilización generalizada de esterilización en los grupos culturalmente atrasados y económicamente pauperizados” (Oiga 1993a: 28). También es sintomático que sus planes de mando militar se presenten como antídoto frente al “socialismo” o la “masificación de la enseñanza” (Oiga 1993a: 25-26), fenómenos tan vagos y ausentes en la historia del Perú como omnipresentes en el imaginario paranoico del neoliberalismo, en tanto rendijas por las que se cuelan los deseos de las mayorías. A la luz de este plan, quedan cortas las caracterizaciones del neoliberalismo como un proyecto en esencia fascista (Micocci & Di Mario 2018) y como “a form of war against both democracy and the poor” (Springer 2015: 17).²

El autogolpe del 5 abril de 1992, anticipado también en el Plan Verde, es quizás el hecho que mejor condensa la dinámica mediante la cual la violencia material revierte en el terreno simbólico-espiritual su intento por conjurar los fantasmas de la emancipación. En ese terreno cabe identificar una relación de complementariedad entre la imagen de los recios militares que reprimieron a quienes resistieron el golpe y la apariencia ceremonial del dictador en su infame mensaje televisivo.

2 “una forma de guerra contra los pobres y la democracia” (traducción propia).

Los primeros, con tanquetas y bayonetas, disciplinaron las manifestaciones corpóreas del estorbo democrático al tiempo que disuadieron con violencia ejemplificadora a las almas de las masas de su potencial rebeldía. El segundo, vestido de luto, invocó cual exorcista la “mística nacionalista” de la juventud (Fujimori 1992: 5) para apuntalar “la necesidad histórica de *eliminar todas las resistencias* y frenos a este proceso de reconstrucción” (Fujimori 1992: 3, cursivas del autor); es decir, de neoliberalización. Esas resistencias, que Fujimori llamó también “formalismos pseudo democráticos” (1992: 6), fueron las instituciones que desde hace siglos pretendían representar el ideal de una sociedad de ciudadanos libres e iguales; por ello, desde su punto de vista, era imprescindible liquidarlas para garantizar la hegemonía de la lógica estratificadora del capital. El símbolo republicano de la bandera del Perú, que ese día adornó como parafernalia la liturgia del dictador, terminó siendo la mejor representación de aquello que se sacrificó con violencia aquel día: las posibilidades de libertad y justicia de una modernidad que nunca llegó al país y la propia capacidad de imaginar algo distinto. Así nació el realismo fujimorista.

Durante los treinta años posteriores al golpe, eventos como la caída del régimen, la peregrinación de Fujimori por la cárcel e incluso las sucesivas derrotas electorales de sus herederos han sido, en esencia, irrelevantes para efectos del realismo fujimorista. El neoliberalismo sigue copando el horizonte psíquico y actitudinal de la mayoría de la población. Más aún, la violencia se ha mantenido y consolidado como el método preferido de putrefacción anímica de la sociedad, como si la historia hubiera entrado en un bucle cíclico delimitado por balas cada vez que alguien se atreve a alentar su interrupción. Los baguazos, aimarazos y, por supuesto, los cincuenta muertos de las protestas del 2023 se añan a las masacres de Pativilca, la Cantuta y tantas otras³ para configurar un espectro continuo, desplegado en el espacio y el tiempo, que recuerda persistentemente las consecuencias de desafiar a la clase dirigente. Ese espectro incluye también casos de violencia menos inmediata pero aún así brutal, como las esterilizaciones forzadas (Carranza Ko 2020), los niños con plomo en la sangre (Conkline et al. 2008; Piñeiro et al. 2021) o la destrucción legalizada del medio ambiente (Andreucci & Callis 2017). Aquí la reiteración sistemática de la violencia transmuta su excepcionalidad en una normalidad inhibitoria y depresiva. Cobra vida en el Perú la descripción que da Springer de la violencia neoliberal como “so routinized, quotidian, ordinary, and banal that we no longer feel an emotional response to its appearance precisely because it is the norm” (2016: 158).⁴

En términos psicoanalíticos, se puede decir que la violencia neoliberal ha convertido a la sociedad peruana en un enorme “seudoyó” o “Falso Yo” colectivo. Este concepto es definido por Winnicott (1965) como una personalidad ficticia o de fachada que los niños desarrollan de manera inconsciente cuando sus deseos tempranos de omnipotencia no son suficientemente satisfechos por sus padres. Esta personalidad, típicamente obediente y sumisa, funciona como mecanismo de defensa del verdadero Yo ante la experiencia reiterada de la desilusión. Para evitar la frustración de ver su deseo reprimido, el niño empieza a ajustar su conducta y su carácter a las restricciones de los padres

3 Los asesinatos de Brayan Pintado e Inti Sotelo en el 2020 y la muerte de Eduardo Ruiz en octubre de 2025, por ejemplo.

4 “tan rutinaria, cotidiana, ordinaria y banal que ya no sentimos una respuesta emocional ante su aparición precisamente porque es la regla” (traducción propia).

y arrastra hasta la adultez una carencia de espontaneidad y vitalidad. Sugerentemente, antes de Winnicott, Fromm había llamado “seudoyó” a la personalidad automática y conformista que algunos desarrollan para huir de la soledad de las sociedades capitalistas (1986: 183-201). En este seudoyó, dice, el individuo “[...] deja de ser él mismo; adopta por completo el tipo de personalidad que le proporcionan las pautas culturales, [...] se transforma en un ser exactamente igual a todo el mundo y tal como los demás esperan que él sea” (Fromm 1986: 183).

No es difícil advertir, entonces, que la versión más diseminada del realismo fujimorista es aquella en la que las personas han adoptado la mansedumbre y la indiferencia política como fachada defensiva frente a la represión violenta de sus deseos de libertad. No me refiero a quienes todavía se manifiestan en las calles y que, aunque flaqueen por momentos, parecen afortunadamente refractarios a la frustración. Me refiero, sobre todo, a esa masa amorfa de conciencias que han sublimado sus anhelos naturales de realización colectiva en modos de vida dóciles e inofensivos al sistema. Aunque estas conciencias —o su verdadero Yo— rechazan las estructuras de poder (IEP 2024) y conocen a la perfección la corrupción neoliberal (Proetica 2024), la frustración por la fuerza de sus expectativas de cambio ha constituido en ellas un Falso Yo entregado a las satisfacciones sustitutorias: trabajo, fútbol, redes sociales, entre otras. En terminología de Winnicott, podríamos decir que los verdugos uniformados del neoliberalismo peruano han cancelado en las personas el espacio transicional. Este espacio se erige en la teoría de Winnicott (2005) como intersticio entre la omnipotencia neonatal del infante y la resistencia que la realidad le ofrece. En él confluyen la subjetividad y la objetividad para permitirle al niño que su imaginación explore sus expectativas de placer y amortigüe el desencanto que produce el reconocimiento de la realidad. En esta etapa, el niño se siente todavía omnipotente, pero va adquiriendo la capacidad de transigir con el mundo exterior, evitando un choque abrupto con el mismo. Si se aplica metafóricamente este concepto a la sociedad peruana, es evidente que el espacio transicional social, que debería estar ocupado por la agencia colectiva y la vocación de solidaridad como vías de realización del placer, ha sido demolido y clausurado por la violencia. En su lugar, el deseo de estas personas se halla secuestrado y fragmentado en impulsos de consumo y acumulación, instalados en una atmósfera de apatía, miedo e inseguridad.

En diversos rincones de la geografía peruana se pueden apreciar las coreografías de esta depresión altamente funcional que la violencia neoliberal ha articulado. Años después del último ápice represivo, todavía es común toparse con la morbosa convivencia entre el ajeteo automático de la muchedumbre y los grafitis que denuncian la brutalidad policial, la corrupción de las autoridades o el cinismo de la prensa del régimen. Las pintas, que podrían haber sido borradas sin mayor dificultad por sus aludidos, se mantienen como vestigio fantasmagórico de aquello que fue efervescentemente deseado pero implacablemente derrotado. Frente a ellas, pululan impávidas las multitudes forzadas a ignorar los indicios de su deseo reprimido y a desviarlo tanto hacia la aceptación de su miserable subsistencia material como a la conformidad con la arendtiana banalidad de sus gobernantes. Parecen asumir estas multitudes que, con tal de alejar esas frescas imágenes de la violencia, es preferible seguir la marcha hacia alguna hacinada estación de bus mirafloresna, soportar el viaje enlatadas como sardinas y dejarse ensordecir por música a todo volumen que las inhiba de pensar. A fin de evitar

otra sangrienta frustración política, prefieren tolerar monótonas jornadas de trabajo y mimetizarse condescendentemente con el paisaje de prostitución y contrabando de cachivaches del centro de Lima. La treintañera terapia neoliberal de aversión a la agencia colectiva y a la imaginación ha devenido, en estos casos, en la más inerte resignación.

Por supuesto, el realismo fujimorista no solo está conformado por la resignación y el sufrimiento silencioso. Otra de sus variantes, visible sobre todo en aquellos que simpatizan abiertamente con el poder, consiste en la conversión de sus deseos reprimidos en impulsos sandomasoquistas. La histórica propensión de los ultraderechistas al disfrute tanto de la opresión violenta de los débiles como de la suya (Reich 1972; Fromm 1986) ha encontrado en el neoliberalismo criollo un entorno favorable. Para los más privilegiados, la sacralización de la racionalidad económica sirve como legitimación de sus centenarias pretensiones de superioridad racial, cultural, sexual o religiosa, y, al mismo tiempo, contribuye a obliterar las categorías morales que inhibían, al menos de forma discursiva, el ejercicio de la violencia contra los grupos considerados inferiores. El desprecio y la frustración de las élites peruanas respecto a las mayorías, derivado en parte de su aislamiento relativo a ellas, encuentra una vía de escape en la brutalidad institucionalizada, hoy justificada apelando al propósito metafísico de la reproducción de capital. Desde la lógica que las rige, se puede relativizar la masacre de indígenas en Bagua en tanto estos se oponían a un tratado de libre comercio, esto es, al inexorable triunfo del capital civilizatorio sobre el salvajismo colectivista (Arrunátegui 2010). Se puede celebrar y promover la ligadura de trompas de miles de mujeres, pues estas representan el atraso cultural y un obstáculo a la eficiencia económica (Ewig 2014). Se puede incluso admitir la intoxicación por metales pesados de niños pobres como daño colateral del deslumbrante progreso que traen las minas e inversiones.

Pero también algunos miembros de sectores no privilegiados de la sociedad peruana han aprendido a gozar la violencia que se ejerce contra ellos y a admirar a sus opresores. Como bien indica Fromm, la destrucción reiterada y sistemática de toda perspectiva de alternativa a su dominación suele inducir al dominado a convertir en amor el odio que debería sentir por quien lo domina (1986: 166). Para hacer tolerable su pertenencia a espacios subordinados en la jerarquía social, estas personas incorporan las prácticas y discursos de quienes se encuentran en la cúspide, de modo que pueden parecerse a ellos al menos ideológicamente. Así, intentan incorporar un elemento distintivo respecto al resto de oprimidos que los haga verse y sentirse menos inferiores. La asimilación activa de la subjetividad neoliberal y su inherente conservadurismo social (Brown 2020: 42) constituye una forma ilusoria de ubicarse dentro de los límites de lo que el poder valora y redirigir todo el dolor de no ser valorado hacia aquellos que se quedaron fuera de esos límites. En esta dinámica sandomasquista tan diseminada en el Perú, que podríamos denominar neoliberalismo de clase media, confluyen personajes —mujeres machistas, cholos racistas y pobres que apoyan a los ricos— desesperados por no ser lo que son, por ser similares a quienes los detestan o por ser lo que los sectores que los desprecian quieren que sean.

Además de identificarse con los operadores materiales de la violencia neoliberal y agradecerles, el realista fujimorista sadomasoquista necesita reafirmar permanentemente su lealtad a la violencia en el plano simbólico del discurso verbal. El terruqueo, la caviarización y, en general, la reducción del debate político a la blasfemia tribal y rabiosa funciona como rito continuo de invocación y reminiscencia de la violencia material que hace posible el neoliberalismo en primer lugar. Al regodearse en su propia procacidad y encumbrar el odio a *modus vivendi*, el neoliberal peruano afianza de manera negativa su identidad y alivia su pánico a la heterogeneidad y las posibilidades de placer que esta trae consigo. La tendencia típica neoliberal de suprimir al otro (Springer 2015: 20) se dirige en el Perú, con coprolálica cólera, a toda presencia o, más precisamente, ausencia, que amenace la inmutabilidad divina de la pirámide social: mujeres, cholos, izquierdistas pobres, izquierdistas ricos, pobres en general, homosexuales, gente con educación, gente con rectitud moral e incluso derechistas no suficientemente derechistas. Todos ellos son percibidos como resistencias al imperio plenipotenciario de los más fuertes y como espectros de la culpa inconsciente de apoyar un orden social jerárquico, por lo que ameritan ser receptores del sadismo más odioso. Si la beligerancia oral de las ultraderechas en EEUU o Europa tiene una explicación parcial en una blanquedad (*whiteness*) y masculinidad heridas por el avance de derechos de las minorías (Brown 2020: 52), en el Perú es más apropiado hablar de una pituquedad herida por los meros atisbos y apariciones espectrales de la emancipación de las mayorías.⁵

La belicosidad verbal de los liberales es también muestra de que los deseos sociales y políticos destruidos pueden reaparecer bajo la forma de fantasías. La caracterización del otro como enemigo a través del escarnio y acoso suele acompañarse de especulaciones conspiratorias de lo más pintorescas, como si se abriera en ellas un curso alternativo para energías imaginativas reprimidas y frustradas por una realidad social anquilosada y fosilizada. Resulta muy curioso constatar cómo cada agravio a la pituquedad, real o ficticia, se salda con el destape de sofisticadas confabulaciones urdidas por los grupos marginados de la sociedad. Desde la perspectiva de la élite, la explicación a la ininteligible e intolerable elección de un campesino pobre como presidente solo puede ser un fraude electoral cuidadosamente perpetrado por infiltrados en los órganos electorales (Ezerskii 2025); y la reacción de sus votantes ante su destitución ha de ser un peligroso complot transnacional de terroristas bolcheviques bolivarianos (Infobae 2023). La reprobación del régimen que asesina a manifestantes es consecuencia de la pacientemente maquinada hegemonía izquierdista en las universidades y escuelas. En estas fantasías, el insulto y la alucinación conforman un tándem bien aceitado para ahuyentar el debate y la argumentación racional, suficientemente prefigurativos de la democracia al punto de aterrar al sujeto neoliberal. Se yuxtaponen así, en el bilioso y psicótico verbo de la ultraderecha, la erotización de la ignorancia, el ocultamiento de la impotencia argumentativa y la cancelación mediante la palabra de aquello que las armas nunca pueden cancelar del todo.

5 Referencia al término “pituco”, que suele usarse para designar a los miembros de la élite socioeconómica peruana, en particular limeña.

El mejor ejemplo de este impulso sandomasquista del realismo fujimorista fue la reacción de ciertas clases medias y altas a las protestas del 2023. Algunas semanas después del inicio de las movilizaciones, con las matanzas ya conocidas, se pudieron ver pequeños grupos de protestantes que protestaban en contra de las protestas, valga la contradicción performativa. Estos “marchantes por la paz”, convocados por el propio Gobierno (Villacorta 2023), parecían extraordinariamente ansiosos por demostrar su sumisión a la ética del trabajo y a la misión civilizatoria de sus élites. En algunas ciudades, como Arequipa o Cusco, la voluntad de diferenciarse del enemigo salvaje se anunciaba ya en su contraste estético con los contrarios al régimen: mientras que estos eran fundamentalmente campesinos y obreros agrupados aleatoriamente, aquellos parecían urbanitas uniformados con jeans, polos blancos y, en muchos casos, lentes de sol, concentrados alrededor de centros comerciales. Sus consignas, calcadas de la prensa del régimen, se dividían entre el elogio a la policía —que acabara de masacrar a decenas de personas—, la culpabilización y ofensa visceral a las víctimas, y el lamento por la obstaculización de su participación en la inercia reproductiva del capital. La perversa ironía de intercalar gritos de “¡queremos paz!” con otros de “¡viva la policía!” revela la profundidad de la disociación psíquica del realismo fujimorista y cómo este convierte orwellianamente la violencia en paz para racionalizar la ideología neoliberal. De igual modo, vociferar “¡queremos trabajar!” al tiempo que se despotrican cantos racistas contra el diferente y se lo exhorta a que se “vaya a Bolivia” (Expreso 2023) muestra sórdidamente cómo la lógica neoliberal ha convencido a los explotados de amar su explotación y categorizar como enemigo abyecto que debe ser destruido a todo aquel que no reduzca la vida al intercambio de mercancías.

Cabe concluir, pues, que el realismo fujimorista es un engendro especialmente proteico que, no obstante, tiene como principal afluente al ejercicio sistemático de la violencia por parte de las élites político-económicas. Tanto en su versión apática como en su versión sandomasquista, el realismo fujimorista es resultado de la reorientación y corrupción de los deseos colectivos de libertad e igualdad social, en virtud de su represión violenta. En el primer caso, la violencia induce a sublimar esos deseos en resignación y adecuación a la racionalidad política neoliberal; en el segundo, los convierte en odio sádico hacia los débiles, amor masoquista hacia los poderosos y, en general, en la tendencia a gozar la destrucción que el neoliberalismo acarrea. Por todo ello, es imperativo encontrar vías alternativas que liberen esos deseos reprimidos y dirijan la atención de las mayorías a las grietas que, por doquier, carcomen al mamotreto neoliberal. Solo entonces podrá verse con claridad que lo que a muchos les parece un monolito eterno, natural e inevitable, es en realidad poco más que un cadáver andante, animado únicamente por la ideología de unos y el miedo de otros, y que pide a gritos ser finiquitado por quienes, muy a su pesar, le hemos logrado sobrevivir.

REFERENCIAS

- Andreucci, D. & G. Kallis. 2017. Governmentality, development and the violence of natural resource extraction in Peru. *Ecological Economics*, 134: 95-103.
- Arrunátegui, C. 2010. Ideología y prensa escrita en el Perú: el caso Bagua. *Lexis*, 32 (2): 353-368.
- Brown, W. 2020. Neoliberalism's scorpion tail. En *Mutant Neoliberalism: Market Rule and Political Rupture*, W. Callison y Z. Manfredi, eds., pp. 39-60. Nueva York: Fordham University Press.
- Carranza Ko, Ñ. 2020. Making the case for genocide, the forced sterilization of indigenous peoples of Peru. *Genocide Studies and Prevention: An International Journal*, 14 (2): 90-103.
- Conklin, L., Sánchez, C., Neri, A., Staley, P., Blumenthal, W., Jarrett, J., LePrell, R., Durant, J. y Suarez-Soto, R. 2008. *Reporte Final: Exposiciones a metales pesados en niños y mujeres en edad fértil en tres comunidades mineras Cerro de Pasco, Perú. 21 de Mayo - 4 de Julio de 2007*. Lima: Department of Health & Human Services-Centers for Disease Control and Prevention.
- Ewig, C. 2014. La economía política de las esterilizaciones forzadas en el Perú. En *Memorias del caso peruano de esterilización forzada*, A. Ballón, ed., pp. 49-70. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Expreso. 2023. Peruanos se rebelan ante manifestantes: «Váyanse a Bolivia, vagos». *Expreso* (enero 8 de 2023). <https://www.expreso.com.pe/actualidad/peruanos-se-rebelan-ante-manifestantes-vayanse-a-bolivia-vagos/>
- Ezerskii, T. 2025. “Ganamos pero nos robaron los votos”: Cuatro años después, Keiko Fujimori aún insiste que Pedro Castillo cometió fraude. *Infobae* (marzo 10 de 2025). <https://www.infobae.com/peru/2025/03/11/ganamos-pero-nos-robaron-los-votos-4-anos-despues-keiko-fujimori-aun-insiste-que-pedro-castillo-cometio-fraude/>
- Fisher, M. 2018. *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Fisher, M. 2021. Comunismo ácido. Introducción inconclusa. En *K-punk - volumen 3. Escritos reunidos e inéditos (Reflexiones, comunismo ácido y entrevistas)*, D. Ambrose, ed., pp. 123-154. Buenos Aires: Caja Negra.
- Fromm, E. 1986. *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.

- Fujimori, A. 1992. Mensaje a la nación del presidente del Perú, ingeniero Alberto Fujimori Fujimori, el 5 de abril de 1992. Congreso de la República. <https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-05-04-1992>
- García, A. 2007, Octubre 28. El síndrome del perro del hortelano. *El Comercio*. <https://indigenasdelperu.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/09/26539211-alan-garcia-perez-y-el-perro-del-hortelano.pdf>
- IEP. 2024. *IEP Informe de Opinión – Enero 2024 (Informe completo)*. Lima: IEP.
- INEI. 2023. Informe preliminar Perú: indicadores de resultados de los programas presupuestales, primer semestre 2023. Lima: INEI. https://proyectos.inei.gob.pe/endes/2023/ppr/Indicadores_de_Resultados_de_los_Programas_Presupuestales_%20ENDES_Primer_Semestre_2023_FT.pdf
- Infobae. 2023, Enero 23. Dina Boluarte culpó a las balas dum-dum de la “matanza” en Puno, pero necropsias hallaron proyectiles de fusil y pistola en cuerpos. <https://www.infobae.com/peru/2023/01/24/dina-boluarte-culpo-a-las-balas-dum-dum-de-la-matanza-en-puno-pero-necropsias-hallaron-proyectiles-de-fusil-y-pistola-en-cuerpos/>
- Klein, N. 2008. *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Micocci, A. & F. Di Mario. 2018. *The fascist nature of neoliberalism*. Nueva York: Routledge.
- Oiga. 1993a. Historia de una traición: muchos misterios quedarán revelados al conocerse el plan militar que se consolidó el 5-IV-92. *Oiga*, 647: 21-35. <https://web.archive.org/web/20221210002149/https://www.scribd.com/embeds/310286817/content>
- Oiga. 1993b. Dos hechos que nos estremecen de espanto. *Oiga*, 647: 7. <https://web.archive.org/web/20221210002149/https://www.scribd.com/embeds/310286817/content>
- Piñeiro, X. F., Ave, M., Mallah, N., Caamaño-Isorna, F., Jiménez, A. N., Vieira, D. N., Banchini, F. & J.I. Muñoz-Barús. 2021. Heavy metal contamination in Peru: implications on children’s health. *Scientific Reports*, 11 (1). <https://doi.org/10.1038/s41598-021-02163-9>

- Proetica. 2024. Índice de percepción de la corrupción 2023: Perú registra su peor caída en el instrumento de medición global de transparencia internacional desde 2012. *Proetica* (Enero 30 de 2024). <https://www.proetica.org.pe/noticias/indice-de-percepcion-de-la-corrupcion-2023-peru-registra-su-peor-caida-en-el-instrumento-de-mediacion-global-de-transparencia-internacional-desde-2012/>
- Reich, W. 1972. *Psicología de masas del fascismo*. Madrid: Ayuso.
- Springer, S. 2015. *Violent neoliberalism: development, discourse and dispossession in Cambodia*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Springer, S. 2016. The violence of neoliberalism. En *The Handbook of neoliberalism*, S. Springer, K. Birch & J. MacLeavy, eds., pp. 153-163. Nueva York: Routledge.
- Villacorta, C. 2023. General Arriola llama a asistir a “Marcha por la paz”, pese a estar infringiendo la Constitución. *La República* (Enero 2 de 2023). <https://larepublica.pe/politica/actualidad/2023/01/01/marcha-nacional-por-la-paz-general-pnp-oscar-arriola-llama-abiertamente-a-participar-en-la-marcha-pnp-campo-de-marte>
- Winnicott, D. 1965. Ego Distortion in Terms of True and False Self (1960). En *The maturational processes and the facilitating environment*, D. Winnicott, ed., pp. 140-152. Nueva York: International Universities Press.
- Winnicott, D. 2005. *Playing and reality*. Nueva York: Routledge.